

SORIA TOMÁS, GUADALUPE (ed.), *La representación de las pasiones. Perspectivas artísticas, filosóficas y científicas*. Madrid, Dyckinson S.L., 2013, 269 páginas.

Guadalupe Soria, profesora de la Universidad Carlos III, ya había escrito un libro, en colaboración con Fernando Doménech y David Conte, sobre la expresión de las pasiones en el teatro del siglo XVIII (Madrid, Fundamentos, 2011). Su trayectoria viene rellenando lagunas que separaban los estudios del teatro como texto literario y como espectáculo, y una vez más ofrece un intento de vincular resultados que desde posiciones diversas procuran dar explicación de realidades en algo afines. Fruto de un proyecto de investigación dirigido por ella misma, este nuevo libro reúne múltiples perspectivas sin pretensión de agotarlas, perspectivas que animan al lector poco experto en alguno de los campos a enriquecerse más en esas áreas.

La sistematización de los elementos que contribuyen a mostrar externamente la interioridad de un personaje es asunto del que ya se ocupaban en Grecia y Roma y sin embargo sigue requiriendo ajustes pese a los prolongados y variados intentos de diversas disciplinas teóricas en persecución de objetivos también dispares.

La elección del capítulo debido a Juan Bordes para encabezar el volumen sirve al lector como síntesis esencial de una de las líneas de investigación en que lleva la civilización europea embarcada desde hace siglos y que con más amplitud ya había abordado este especialista en su *Historia de las teorías artísticas de la figura humana*, que publicó en la editorial Cátedra en 2003. Cita las obras más importantes sobre historia de la fisonomía con las peculiaridades y diferencias de orientación de cada una de ellas, como así mismo su funcionalidad en distintos cam-

pos de la cultura, ya sean las bellas artes, la declamación o las relaciones interpersonales. Asienta de esta manera varias funciones menos exploradas por críticos y teóricos de los últimos años ajenos a él pero de las que van a darse ejemplos en otras partes de este volumen.

El siguiente capítulo de David Conte sirve de ejemplo sobre el sentido en que, desde la perspectiva semiótica, se encaminan los trabajos teóricos para una de esas líneas menos trabajadas, el de la mímica y la gestualidad en la novela moderna. Las escenas que elige alientan un tipo de análisis que enriquece la comprensión y el disfrute de los textos narrativos.

Antoni Gomila se centra en la reacción emocional del público durante una representación teatral, lo que implica referirse a la teoría catártica de Aristóteles, a aspectos de psicología, aunque también de sociología, tenidos en cuenta por diferentes teóricos teatrales. Y en esto enlaza con el capítulo de Eduardo Pérez-Rasilla, quien se introduce en un asunto de gran importancia, como es el de la repercusión psicológica y social de la invención del espejo y, más aún, de la exacerbada reproducción de los rostros humanos por medios técnicos a partir del siglo XIX pero particularmente en progresión geométrica, en el siglo XX y en la actualidad. Repasa la evolución en los modos de representación del rostro, reflexiona sobre la creencia generalizada en la vinculación del rostro con el individuo por un lado, y por otro recuerda algunas muestras literarias y teatrales de su disociación, como también los intentos más o menos fallidos de encontrar un significado a los distintos rasgos faciales.

Los dos siguientes capítulos se refieren a la época grecolatina: Rosa García-Gasco resume las relaciones entre la retórica de la oratoria y la del teatro clásico, así como las

vinculaciones entre el texto y su expresión visual y auditiva. Por su parte, Alba Montes se detiene en una de las principales emociones morales de la Grecia antigua, la vergüenza, y su relación con la ética tal y como se ve ejemplificada en las tragedias *Hipólito* de Eurípides y *Filoctetes* y *Áyax* de Sófocles.

El catedrático Fernando Doménech repasa el modo concreto de manifestarse visualmente la melancolía en el siglo XVIII, un estado emocional tópico entonces pero de larga tradición en las artes dada la consideración de que el melancólico suponía un tipo de temperamento según una clasificación de Hipócrates que pervivía en la época. Sus ejemplos, de una parte pictóricos y de otra parte teatrales, avalan con claridad y contundencia en una serie de rasgos repetidos las ideas de este especialista.

Pasando al siglo XIX, es la editora quien interviene en el volumen con un análisis de la expresión de las pasiones en *Venganza catalana*, para lo cual aprovecha las fotografías conservadas de su estreno referentes a distintos momentos de la acción. Su exposición descansa en los tratados que en la época se emplearon como métodos y teorías para aprendizaje de los actores, asunto sobre el que está especializada la profesora Soria Tomás.

En el capítulo de María del Corral Morales, se revisan las teorías de la expresión de las pasiones a través del canto en los tratados al uso del siglo XIX, particularmente los de López Remacha, Rodríguez de Ledesma, Juan de Castro, Hilarión Eslava, Antonio Cordero y Fernández y Juan Jiménez, como así mismo se sintetizan las líneas generales seguidas por la crítica especializada en la prensa.

Ya situados en el siglo XX, Mercedes Rivero se acerca a los aspectos fundamentales de la expresión y de la identidad dra-

mática según los grandes teóricos teatrales del siglo XX.

En el capítulo de Fernando Broncano se reflexiona sobre la medida en que las emociones constituyen la identidad del individuo que las experimenta. Pero también cómo a la vez, dado que las emociones dependen de los estímulos y el modo de percibirlos, la experiencia, esto es, el aprendizaje de la percepción y por tanto el componente ambiental tienen gran parte de responsabilidad al respecto.

Fernández Abascal ofrece un panorama de las emociones y su expresión facial según los recursos actuales que se explican en las aulas universitarias, y Magüi Mira cierra este libro con ejemplos de su experiencia como directora y como actriz.

Ana Isabel Ballesteros Dorado